Blanca tenía un par de años más que yo. La conocí un día de abril frente al portal de mi casa cuando iba de la mano de una criada que había acudido a recoger unos libros en una pequeña librería de anticuario al lado. Quiso el destino que la librería no abriese aquel día hasta las doce del mediodía y que la doncella acudiese a las once y media, dejando una laguna de espera de treinta minutos en los que, sin sospecharlo yo, iba a quedar sellado mi destino. De haber sido por mí nunca me habría atrevido a cruzar una palabra con ella. Su atuendo, su olor y su ademán patricio de niña rica blindada de sedas y tules no dejaban duda alguna de que aquella criatura no pertenecía a mi mundo, y yo aún menos al suyo. Nos separaban apenas metros de calle y leguas de leyes invisibles. Me limité a contemplarla como se admiran los objetos consagrados en una vitrina o en el escaparate de uno de esos bazares cuyas puertas parecen abiertas, pero que uno sabe que nunca cruzará en la vida. A menudo he pensado que, de no ser por la firme disposición que tenía mi padre respecto a mi aseo personal, Blanca nunca hubiese reparado en mí. Aunque éramos más pobres que un ratón de biblioteca, mi padre me había enseñado de muy pequeño a familiarizarme con el agua helada que brotaba, cuando quería, del grifo del lavadero y a aquellas pastillas de jabón que olían a lejía.